

SOBRE LA NECESIDAD DE UNA SEGUNDA ILUSTRACIÓN (O TERCERA)

GRANDES CAUSAS... MÁS ALLÁ DE LA SUPERFICIE

JORGE RIECHMANN

Madrid, España

Por debajo de tantas luchas con las que secularmente nos debatimos, hay corrientes de fondo, subterráneas, que superan nuestros tiempos biológicos personales, en las que se juega la transformación de la conciencia de la humanidad, la reconstrucción crítica de nuestra cultura, la metamorfosis cognitiva y espiritual de nuestra especie... Grandes Causas, que se juegan en un nivel subterráneo, casi imperceptible, pero Causas por las que merece la pena dar la vida, si uno tiene ojos para verlas y vocación para trabajar en ellas.

La realidad, o más bien las realidades, están traspasadas de innumerables semejanzas y diferencias. De entre ellas, las sociedades humanas, en las sucesivas etapas históricas, conceden importancia cultural (o se la niegan) a diferentes conjuntos de semejanzas y diferencias. Diferencias siempre hay para todos los gustos, pero unas se consideran significativas y otras no. O sea: *no todas las diferencias (y semejanzas) son relevantes transculturalmente ni transhistóricamente*, pese a las ilusiones que podamos hacernos al respecto. Por el contrario, el que un conjunto de semejanzas y diferencias tenga relevancia cultural para una sociedad en un momento concreto de la historia, determinará en buena medida las pautas de *construcción sociopsicológica de la realidad* para esa sociedad.

Por ejemplo, ciertos estudios psicológicos sobre las reacciones de la gente que visita zoos (en sociedades occidentales contemporáneas) han mostrado que *los niños tienden a ver semejanzas entre los seres humanos y los animales no humanos, mientras que los adultos ven diferencias*. Los niños y niñas parecen sentir un parentesco espontáneo entre ellos y los animales.

Pues bien: podemos entender al menos un aspecto de aquel movimiento cultural y social que fue la Ilustración europea de los siglos XVII-XVIII como un intento para atenuar, hasta borrarla, la importancia concedida en las anteriores formaciones sociales europeas a ciertas diferencias fácticas o culturales entre los seres humanos. La Ilustración sentó el principio de que *los seres humanos nacen esencialmente libres e iguales*: lo hizo poco a poco, en un proceso ambiguo e inconcluso que ha durado varios siglos (¡todavía hoy siguen existiendo millones de

personas esclavizadas en el mundo... por no hablar de las brutales desigualdades socioeconómicas que no han dejado de crecer en los decenios últimos!).

Ahora bien: ya que existen manifiestas diferencias entre los seres humanos (sexo, color de la piel, estatura, fortaleza física, disposiciones intelectuales y estéticas, etc.), ¿en qué sentido podemos decir que son iguales? El pensamiento ilustrado afirma que lo son en dignidad, en derechos, en todo lo que atañe a su participación en la vida pública; que *todos son igualmente merecedores de respeto*. Afirma que las diferencias debidas a la inteligencia, las habilidades sociales, el sexo o el color de la piel no han de impedir que todos los humanos tengan los mismos derechos en la vida política, social y económica (notemos que los hechos no pueden justificar ningún principio de igualdad o desigualdad, ya que tal principio *no es una descripción de hechos sino una norma, principio o ideal moral*).

Afirmar el principio de igualdad humana en este sentido constituye un progreso moral que hoy nos parece casi autoevidente (o así queremos creerlo), aunque no lo es en absoluto; y haríamos bien en tener presente el difícil camino que tuvo que recorrer esta idea de la igualdad, y el que aún le queda por recorrer. Por no poner más que dos ejemplos: el sufragio universal femenino no se generalizó hasta después de la segunda guerra mundial, y en una democracia como Suiza no terminó de obtenerse hasta el año 1971; la esclavitud legal no se abolió en Arabia Saudí hasta 1962 (y aunque hoy no exista como categoría jurídica en ningún país del mundo, sí que hay esclavos de hecho en países como la India, China, Pakistán... casi 36 millones en todo el mundo en 2014, según datos de la ONG *Walk Free*).

El progreso moral consiste precisamente en que, a pesar de las muchas y evidentes diferencias de hecho que existen entre los seres humanos, hemos aprendido (o parece que vamos aprendiendo, o al menos querríamos hacerlo) a respetar a los demás seres humanos como iguales nuestros. Hemos relativizado esas diferencias, poniendo en primer plano lo que nos une y no lo que nos separa.

Pues bien: acaso hoy *lo que está históricamente a la orden del día sea una profundización del pensamiento ilustrado* (algunos autores han hablado de una «segunda Ilustración» o de una «ilustración de la Ilustración») que, complementando a esa semejanza esencial entre todos los seres humanos descubierta por la primera Ilustración, descubra o ponga de manifiesto otra semejanza esencial: *el parentesco que nos vincula con todos los demás seres vivos* (y, más estrechamente, con los animales superiores). También aquí las diferencias que nos separan de los otros animales y las plantas son manifiestas; y también aquí, como en el caso de la primera Ilustración, de lo que se trata es de enfatizar más lo que nos une que lo que nos separa. Si el objetivo de la primera Ilustración fue *conseguir la paz entre los seres humanos*, el de la segunda sería *lograr la paz entre los seres humanos y la Naturaleza no humana*. (En ninguno de los dos casos *paz* equivale a *ausencia de conflictos*).

Se trataría de «ilustrar a la Ilustración» –por ejemplo– con una psicología moral menos esquemática que la de las «Luces» dieciochescas, que tenga en cuenta los abismos de la psique humana evidenciados en la terrible historia del siglo XX (como lo hace Jonathan Glover en ese libro espléndido que es *Humanidad e inhumanidad*, ed. Cátedra 2001); o también recordando esas «Ilustraciones olvidadas» que encarnaron las feministas, o los defensores de los animales del siglo XVIII (como hace Alicia Puleo en su indispensable *Ecofeminismo*, ed. Cátedra 2011), vale decir: tratando de recuperar tradiciones minoritarias que como preciosos hilos de Ariadna podrían guiarnos en los laberintos del presente.

La moderna biología evolucionista nos enseña, efectivamente, nuestro *parentesco* (más o menos cercano: más cercano con los mamíferos que con las coníferas) con los demás seres vivos del planeta,

parentesco fundamentado en la *existencia de antecesores evolutivos comunes*. Sin ir más lejos, *todos los vertebrados terrestres descendemos de los mismos peces pulmonados* (crosopterigios) que hace unos 350 millones de años se atrevieron a dar el arriesgado paso que los llevó a tierra firme. Acaso hechos semejantes no carezcan de toda relevancia para nuestra sensibilidad moral.

Sin duda los humanos somos seres vivos singulares, muy especiales en ciertos aspectos (uno de ellos, sin ir más lejos, es precisamente la capacidad de sentir simpatía y tratar moralmente a los miembros de otras especies vivas); pero al mismo tiempo somos seres vivos como los demás: no nos separa de ellos ningún «abismo ontológico». Si la primera Ilustración enfatizaba que todos los seres humanos nacen iguales (*created equal*, rezaba la Declaración de Independencia americana), la segunda Ilustración subrayará que todos los seres vivos compartimos un común origen (evolutivo) natural; que todos pertenecemos a la misma naturaleza; y que la biosfera es el común espacio vital de todos nosotros.

Notemos que, si echamos bien las cuentas, esa posible «segunda Ilustración» sería más bien la *tercera* para Occidente. El filósofo judío estadounidense Hilary Putnam ha insistido en que no existió una sola ilustración –la ILUSTRACIÓN con mayúsculas de los siglos XVII-XVIII–, sino tres ilustraciones: la primera vinculada a Sócrates, Platón, Epicuro... y la tercera (sin cristalizar del todo) que según él estaría vinculada a la figura de John Dewey (*Ética sin ontología*, ed. Alpha Decay 2013), aunque aquí sin duda nos correspondería ampliar el santoral.

Cuando la filosofía logra encarnar en un movimiento más o menos popular, con gran capacidad de impacto cultural, la llamamos *ilustración*. Por eso hablamos de una «Ilustración griega», de la ILUSTRACIÓN con mayúsculas en la Europa de los siglos XVII y XVIII, y hoy estaríamos en esa *Tercera Ilustración*... si fuésemos capaces de impulsar un potente *movimiento de reconstrucción crítica de nuestra cultura*. Una Tercera Ilustración consciente de los puntos ciegos de las dos anteriores (y por eso, autocrítica, en forma de «ilustración de la Ilustración») y animada por valores como libertad, igualdad, solidaridad, sostenibilidad, biofilia...